

NECROLOGIA

DON FERNANDO ALVAREZ DE SOTOMAYOR

(† el 18 de marzo de 1960)

POR

MODESTO LOPEZ OTERO



D. FERNANDO ALVAREZ DE SOTOMAYOR.

Es costumbre, no precepto reglamentario, que la expresión de nuestra condolencia por el fallecimiento de un compañero se encomiende al presidente o a un miembro de la sección que corresponda. Me pareció, sin embargo, que el duelo por la pérdida del insigne artista, que fué director de la Corporación, debía manifestarse por el que ahora ejerce el cargo, quien sólo deseaba ser fiel intérprete del hondo pesar que a todos nos reunió en aquella sesión necrológica. Por eso llevó la palabra en dicha sesión.

Los párrafos que siguen no tienen la pretensión de exponer, ni siquiera esbozar, una síntesis crítica de la obra y la vida artística de Fernando Alvarez de Sotomayor, nuestro académico decano; me falta para ello autoridad y competencia. Aspiran únicamente a recordar su noble figura y servir de motivo para hacer patente nuestro sentimiento por la desaparición de este gran español, pintor insigne, académico ejemplar, amigo entrañable, cuya muerte nos ha sorprendido tan dolorosamente. Otros harán el análisis de su obra, de los valores de su pintura, de su influencia en el arte contemporáneo y del alto lugar que merece en la serie de los grandes pintores españoles.

Porque Sotomayor con aquellos también insignes compañeros Chicharro y Bedito—y esto honra magníficamente a la Academia—, mantienen, durante medio siglo, el prestigio de nuestra pintura en tan confuso período del arte universal. Su fama permanece firme y segura tanto en los espíritus cultos como en lo popular, pues la pintura de Sotomayor se admira hoy como cosa propia, continuadora de la tradición, por las mismas sanas gentes que llenan los domingos las salas del Prado.

La sorprendente revelación como gran pintor es un recuerdo de mi juventud. Los estudiantes de arquitectura, allá en los comienzos de la cen-

turia, admiramos con entusiasmo aquel envío de pensión. *El rapto de Europa*, que le consagró con la medalla de oro.

Después, todo fué una carrera de triunfos: premios en las grandes exposiciones de las primeras ciudades de Arte; adquisiciones para los principales museos; honores y juicios laudatorios del público y de la crítica, tanto para el maestro del retrato, de espléndida y razonada composición seriamente estudiada, como para el maestro de las escenas y tipos populares de su amada tierra gallega, todo espontaneidad y sentimiento, no exentos de delicadeza y de ternura, como ese su cuadro de nuestro museo; no olvidando las grandes composiciones de asunto religioso, que Sotomayor, buen cristiano, creó con amor sincero de fiel creyente. Obras expresivas de su singularísima personalidad: brillante colorido, jugosa y transparente factura, dominio de su técnica peculiar...

Trabajador de patente probidad, con cincuenta años de labor fecunda; centenares de cuadros realizados con el mismo ideal de franqueza, de naturalidad, sin que en el caos artístico en que se desarrolló su vida sufriera variaciones ni desmayos en su credo estético, en su idea del arte, tan pura, tan intransigente. Así, aquella personalidad se mantiene hasta el mismo día de su muerte. En la estancia fronterera a la capilla ardiente, donde, como es sabido, se expuso su cadáver, amparado por el sublime Cristo de Velázquez, en aquella estancia en la que Sotomayor dirigía y trabajaba—nunca ni por nadie abandonó los pinceles—, pudimos ver un pequeño retrato con la misma manera y el mismo estilo de los mejores períodos de su fecunda producción.

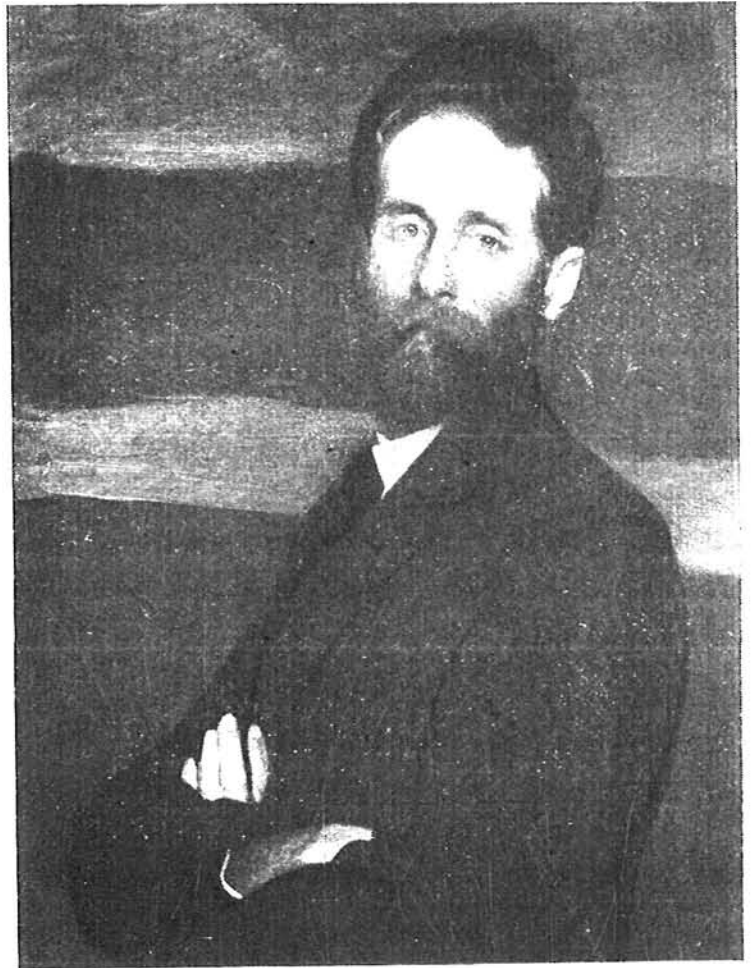
Tal maestría no podía cerrar su estudio a la enseñanza. Sotomayor tuvo discípulos, aunque ninguno haya llegado al maestro. La fama, que le coronó en la juventud, le llevó a tierra americana. En Chile organizó los estudios de las bellas artes y creó una verdadera escuela de pintores. Su discurso de ingreso en nuestra Academia, en 1922, en el que presentó un verdadero plan para estimular nuestras relaciones artísticas con América, es el resultado provechoso de aquella estancia; plan mantenido después con amor hacia los artistas de las naciones hermanas, y a cuyas



F. ALVAREZ DE SOTOMAYOR: «Comida de boda en Bergantiños» (1915).



F. ALVAREZ DE SOTOMAYOR:
*Retrato de su esposa D.ª Pilar
Castro.*



F. ALVAREZ DE SOTOMAYOR:
El pintor Helsvey.
(Museo de Pintura de Santia-
go de Chile.)

conclusiones, dicho sea como lamentación, no se ha hecho demasiado caso.

Otro aspecto de la vida artística de Sotomayor fué su larga y magnífica labor de dirección en el Museo del Prado. Durante más de cuarenta años, e inmejorablemente asistido por nuestro ilustre compañero y censor, Sánchez Cantón, que tan dignamente le sucede ahora en aquella dirección, llevó a cabo reformas y ampliaciones importantes, aumentando, con fortuna, el prestigio de nuestra sin par pinacoteca. Los que pertenecemos a su Patronato somos testigos de la preocupación constante de Sotomayor por los problemas de toda índole, especialmente económicos, que allí se presentan a diario y que él resolvía con su buen juicio y con la influencia que su patriotismo y lealtad le permitían usar en las más altas regiones del Estado.

Sotomayor no era vanidoso ni tenía porque ponderar sus misiones oficiales. Sin embargo, estimaba como un título digno de gratitud nacional su intervención, tan inteligente y eficaz, en las difíciles tareas de recuperación de las grandes obras del Prado que iban camino de Rusia en los trágicos finales de nuestra guerra civil. Y con enérgica firmeza no consentía que nadie le arrebatase la gloria de aquel gran servicio que prestó a su patria.

En este mismo sentido, no siendo político y con idéntico afán de servir a lo que consideraba un deber en momentos graves para el país, fué alcalde de La Coruña—no lo hubiera sido de ninguna otra ciudad—desempeñando el cargo con gran acierto y realizando gestiones, muchas de índole artística, que para sí las quisieran muchos políticos de altura; tales eran su prestigio personal y su don de gentes que le consentían papel airoso en menesteres tan ajenos a su diaria actividad.

Al evocar a Sotomayor como académico, nada puedo recordar que no sea conocido. Había ingresado en 1922 y era, como antes he dicho, nuestro decano. Fué presidente de la Sección de Pintura y elegido para director en 1953, sucediendo a Marinas; y renunció dos años después, con evidente perjuicio para la Academia. En todos estos cargos cumplió como debe hacerlo un buen académico. En la Sección, colaborando en sus

acuerdos y dictámenes; y en las sesiones plenarias tomando posición al lado siempre de las causas justas, no transigiendo jamás con lo que entendía contrario a su ideal en Arte y defendiendo con energía las prerrogativas de la Corporación si ello era necesario. Se interesó de un modo especial por los espinosos problemas de la Academia de España en Roma, gustosamente obligado por el recuerdo y la experiencia de sus años de pensionado, de donde partieron los primeros triunfos de su carrera artística. La postrera intervención, aquí, no hace muchos días, estuvo dedicada a la defensa de un monumento de su querida ciudad de La Coruña. Fué la última vez que oímos su palabra, empleada como siempre con una noble intención.

Poseía Sotomayor grandes cualidades humanas. Como buen artista, era de temperamento apasionado, con reacciones vehementes en un fondo de natural bondad, pronto a la réplica dura si de lo que se tratara no fuese recto y justo. No transigía con la farsa en el arte, ni con los procedimientos de la propaganda, ni tampoco con la hipocresía en la vida social. Caballeroso y muy dado en la intimidad a un amable y franco humorismo, fué buen amigo de los que él consideraba como tales.

La ternura, la entrega total de sus mejores afectos, eran para la familia. Sufrió tremendas penas con la pérdida de seres queridos. El recuerdo, avivado recientemente, de su hijo primogénito, sacrificado durante el período rojo, y la muerte de una hija queridísima, ocurrida en el pasado año, hirieron, sin duda, su cansado corazón.

Murió cristiana y plácidamente, con breve agonía, rodeado de su esposa admirable y de sus hijos; fin envidiable de una gloriosa vida. ¡Descanse en paz el insigne compañero, honor de nuestra Academia!...